

diciéndole con las más lisonjeras palabras, que no podía admitir su dimisión, por no creer que se hubiesen debilitado sus facultades, como lo probaba su conducta digna y eficaz durante los últimos acontecimientos de Nápoles, siendo indispensable su intervención para dar cima á la grande obra que había empezado, y concluía haciéndole mil protestas de aprecio y de eterno reconocimiento.

CAPITULO XI

De los motivos que tenia el coronel Mejean para no salir con Salvato de la fortaleza de San Telmo durante la noche del veintisiete al veintiocho de Junio.

NUESTROS lectores recordarán que, desconfiando, no de la palabra de Ruffo, sino de la adhesión de Nelsón, Salvato y Luisa buscaron en la fortaleza de San Telmo un asilo que les fué otorgado mediante la suma de cuatro mil ducados cada uno.

De los cuarenta mil ducados que Salvato había realizado en el viaje que hizo á Molisa, diez mil se habían consumido en la organización de voluntarios calabreses y en otros gastos durante su permanencia en el Castillo Nuevo.

Veinticuatro mil, según escribió Salvato á su padre, habían sido enterrados en un cajón al pie del laurel de Virgilio.

Al separarse de Miguel, siguiendo la suerte de sus compañeros, Salvato le obligó á aceptar seiscientos ducados.

No restaban, pues, á Salvato, al refugiarse á San Telmo, más que cinco mil ducados escasos.

Su intención, al aceptar la hospitalidad de Mejean, fué entregarle la mitad de la suma prometiendo saldar la totalidad aquella misma noche.

Llegada ésta, Salvato anunció al coronel que tenía que salir precisamente, y que le diese la palabra de orden para poder entrar. Mejean respondió que los reglamentos y la seguridad pública se lo impedían; pero comprendiendo el motivo que tenía para salir, le propuso acompañarle él mismo. Aceptó Salvato; mas no encontrándose en la fortaleza el teniente coronel fué forzoso quedarse en ella, y Mejean difirió el pago á mejor ocasión, guardando en rehenes á Luisa.

Tenía el coronel Mejean la intención reservada de hacer una negociación personal la noche siguiente tanteando nuevos tratos con el cardenal Ruffo, y le mandó pedir un salvo-conducto para uno de sus oficiales, que no era sino él mismo, encargado de hacer nuevas proposiciones para la rendición de la fortaleza.

Ruffo aceptaba por deber todas las proposiciones

que tendían á evitar la efusión de sangre, y envió á las diez de la noche al marqués Malaspina con el salvo-conducto y una escolta de diez hombres.

Mejean, disfrazado de campesino, se dió á sí mismo plenos poderes para tratar, y bajo el título de secretario del comandante de la fortaleza, siguió al marqués de Malaspina.

Á las once el supuesto secretario estaba delante de Su Eminencia.

Esta entrevista se verificó durante la noche del 27 al 28 de Junio, antes que el cardenal supiese la mala fe de Nelsón.

Nuestros lectores recordarán la primera tentativa que hizo Mejean con el cardenal, que le mereció la respuesta de:

— Hago la guerra con acero y no con oro.

Ruffo, predispuesto ya contra Mejean, recibió con mal semblante á su secretario, ó mejor dicho á él mismo sin sospecharlo.

— Caballero, ¿tenéis encargo de hacerme proposiciones verbales, no diré más razonables, pero sí más militares que las hechas por escrito, y cuya respuesta debéis saber?

Mejean se mordió los labios.

— Mis proposiciones, es decir, las de mi coronel, tienen dos aspectos, uno específico, por el que

debo empezar, en nombre de la humanidad, y otro militar, al que no recurriré el coronel sino en el último trance, pero al que recurriré si V. E. le obliga.

— Os escucho.

— Los colegas de Mejean, Massa y Aurora, han propuesto y conseguido condiciones que debían ser satisfactorias para los rebeldes; pero el coronel Mejean no es un rebelde sino un enemigo poderoso, como representante de la Francia. Si trata, tiene derecho á mejor capitulación que la de Aurora y Massa.

— Es muy justo, respondió el cardenal, y he aquí lo que os ofrezco: «Los franceses saldrán de San Telmo, tambor batiente y mecha encendida, con todos los honores de la guerra, y se reunirán á sus compatriotas, que están de guarnición en Capua y Gaeta, sin compromiso de ninguna clase.»

— No veo en eso un gran favor: Massa y Aurora salían también tambor batiente, mecha encendida y tenían derecho á quedarse en Nápoles ó á retirarse á Francia.

— Sí, pero antes de embarcarse, entregaban las armas.

— Pura formalidad, como comprenderá Vuestra

Eminencia. ¿Qué hubieran hecho con las armas, esos paisanos en el destierro?

— ¿Entonces, para vos, replicó el cardenal, la cuestión de orgullo militar no existe?

— Eso queda sólo para los fanáticos presuntuosos. Los hombres inteligentes, y Vuestra Eminencia me permitirá que le coloque en esta categoría, miran por encima de ese humo llamado vanidad.

— ¿Y qué veis, ó mejor dicho, qué ve el comandante Mejean por encima de ese humo?

— Él ve un negocio igualmente bueno para él y para Vuestra Eminencia.

— ¿Un buen negocio? conozco poco esa materia, se lo prevengo. No importa, explicaos.

— Helo aquí. De tres fuertes hay dos rendidos, es verdad: pero el tercero es, por su posición y por los que le defienden, inexpugnable, ó al menos no se rendirá sin un largo sitio. ¿Dónde están vuestras baterías y vuestro ejército para sitiar una fortaleza como la que defiende el coronel Mejean? Lo asaltaréis al fin, pero asaltándolo, Vuestra Eminencia perderá todo el mérito de una magnífica campaña, en tanto que por algunos miles de escudos, que á no poseerlos podéis recogerlos en dos horas en Nápoles, coronáis la obra de la restauración, escribiendo al rey: «Señor, el general Mack, con un

ejército de sesenta mil hombres, cien cañones, y un tesoro de veinte millones, ha perdido los Estados romanos, Nápoles y la Calabria, que yo he reconquistado con algunos paisanos. Si bien es verdad que el tomar el fuerte de San Telmo me ha costado doscientos mil ducados, porque desde él se podría bombardear á Nápoles ocasionando pérdidas incalculables.» Y el rey, que es hombre de buen sentido aprobará la explicación de vuestra conducta.

— ¿Y si se sitia San Telmo, repuso el cardenal, el coronel Mejean piensa bombardear á Nápoles?

— Seguramente.

— Será una infamia.

— No, sino una legítima defensa : nos atacan y atacamos.

Y como no atacarán sino por la parte opuesta á la ciudad, no debéis hacer daño á ésta.

— ¿Quién sabe dónde van á parar las balas y las bombas?

— Van á donde se dirigen.

— Pues se dirigirán á la ciudad.

Y faltaréis á los convenios establecidos entre los pueblos civilizados. Y daréis margen á que cuando se tome á San Telmo, porque no hay fortaleza inexpugnable, el que la manda y su guarnición sean ahorcados en sus almenas.

— ¡Diablo, qué de prisa vais, monseñor! dijo el falso secretario.

— Y no es eso todo.

— ¿Aun más, después de ser ahorcado?

— No, antes. El cardenal Ruffo le mandaría salir de su casa, y de no obedecer al instante, haría que le arrojasen por la ventana.

Y añadió, reportándose :

— Pero como no sois más que emisario, repetid á vuestro jefe literalmente nuestra conversación, asegurándole que es inútil entrar en nuevas negociaciones.

Y con un gesto fino, pero imperioso, le señaló la puerta al coronel, quien salió furioso, humillado y sin haber logrado nada.

CAPÍTULO XII

En donde se prueba que fray José velaba por Salvato

Salvato y Luisa desde la azotea del fuerte de San Telmo vieron el embarque de los patriotas, que á pesar del viento favorable, durante la noche del 27 al 28, no se dieron á la vela.

No dejó esto de inspirar recelos á Salvato, que fué sorprendido en medio de sus reflexiones por el coronel Mejean, el cual le dijo que habiendo vuelto el teniente coronel á la fortaleza, podría acompañarle por la noche á la excursión consabida.

En tanto, llegó la noche. Luisa, á quien se explicó el motivo de la expedición nocturna, dijo á Salvato:

— No olvides que tengo una fortuna en poder de los pobres Backer.

— Pero esa fortuna no te pertenece completamente, respondió sonriendo el joven; ¿no se ha convenido en no tocarla sino en el último trance?

— Sí.

Á las once de la noche, se discutió si habfan de ir á la tumba de Virgilio distante un cuarto de legua de San Telmo, con una pequeña escolta, ó si irfan solos y disfrazados. Resolviéronse por el disfraz; vistiéronse, pues, de campesinos, salieron con un pico y una azada, y por caminos extraviados llegaron á la tumba de Virgilio.

— Excuso decirlo, coronel, lo que venimos á buscar aquí.

— Quizás un tesoro oculto.

— Tesoro no, pero lo bastante para pagarnos mi deuda.

Salvato principió á cavar la tierra. Mejean observaba con ojos ávidos. Al cabo de cinco minutos el instrumento resonó, chocando en un cuerpo duro.

— ¡ Ah, ah! exclamó Mejean.

— ¿ No habéis oído decir, coronel, dijo sonriendo Salvato, que los espíritus eran protectores de los tesoros?

— Sí, pero no lo creo. Mas, silencio; ¿ no habéis oído?

Y ambos se pusieron á escuchar.

— Es una carreta, respondió Salvato.

Y de rodillas continuó apartando la tierra con las manos, añadiendo:

— Parece que la tierra está recientemente removida.

— Vamos, es broma.

— No, dijo Salvato sacando el cajón. Lo veis, está vacío.

Y se estremeció al pensar que Mejean no le haría gracia.

— ¡ Es extraño ! sacudido, tal vez suene algo.

— Es inútil; según el peso, está vacío. Entremos en el Columbario, y lo abriremos.

Abriéronle, y encontraron en lugar del oro un billete.

Salvato y Mejean exclamaron á la vez:

— ¡ Un billete !

— Ya comprendo, dijo Salvato.

— ¿ Se ha encontrado el oro? preguntó con ansiedad Mejean.

— No, pero tampoco está perdido, repuso el joven, leyendo el billete á la luz de la linterna-sorda.

« Según tus instrucciones, he venido en la noche del 27 al 28 por el oro de este cajón, en el que dejo este billete. — *Hermano José.* »

— ¿ Conocéis á ese hermano José?

— Sí.

— ¿ Estáis seguro de él?

— Más que de mí mismo.

— ¿ Dónde le encontraremos?

— Ni le buscaré siquiera.

— ¿ Qué haremos entonces?

— Dejar las cosas como estaban.

— ¿ Y los cuatro mil ducados?

— En otra parte los hallaremos.

— ¿ Cuándo?

— Mañana.

— ¿ Estáis seguro?

— Así lo espero.

— ¿ Y si os engañáis?

— Entonces diré como los sectarios de profeta: « Dios es grande. »

Mejean se enjugó la frente sudorosa.

— Y ahora, dijo Salvato, pongamos el cajón donde estaba, y volvamos á la fortaleza.

— ¿ Con las manos vacías? dijo en tono lastimero el coronel.

— Yo no las llevo vacías, puesto que tengo este billete

— ¿ Qué suma había en esa caja?

— Veinticinco mil ducados.

— ¿ Y pensáis que ese billete vale veinticinco mil ducados?

— Vale para un hijo la certidumbre de ser querido de su padre. Pero volvamos á la fortaleza, y preguntad por mí mañana á las diez.

— ¿ Para qué ?

— Para que Luisa os dé una letra de cambio de cuatro mil ducados á la vista sobre la casa de banco más fuerte de Nápoles.

— ¿ Creéis que haya hoy en Nápoles una casa que pague á la vista esa suma ?

— Seguramente.

— Lo dudo ; los banqueros no son tan tontos que vayan á pagar en tiempo de revolución.

— Pues ya veréis que esos lo son para pagar, aun en ese tiempo, por dos razones ; primera, porque eran honrados.

— ¿ Y segunda ?

— Porque han muerto.

— ¿ Entonces son los Backer ?

— Justamente.

— ¿ Tenéis confianza ?

— Sí.

Algo es algo.

Salvato arregló con los pies la tierra que cubría el cofre, para dar á entender á su padre su venida con la falta del billete.

Al rayar el alba, estaban de vuelta en San Telmo.

Luisa, vestida é inquieta, esperaba á Salvato, que le contó cuanto había sucedido. La joven escribió la carta-orden de cuatro mil ducados.

— Llévasela, le dijo, al coronel, y con eso dormiré tranquilo. Bien sé, añadió sonriendo, que á falta de esa suma tiene nuestras dos cabezas ; pero dudo que una vez cortadas las aprecien en cuatro mil ducados.

Pero las esperanzas de Luisa salieron fallidas como las de Salvato. El juez Speciale había llegado la vispera de Prócida, y puesto presas treinta y siete personas secuestrando en nombre del rey la casa de Backer, que por consiguiente había suspendido sus pagos.

CAPÍTULO XIII

La aparición

Antes que Nelsón supiese que Ruffo se separaba de la coalición, envió el 25 de Junio la intimación siguiente al coronel Mejean :

« El cardenal Ruffo os ha intimado que os rindáis : dos horas después del término prefijado quedáis sometido á las consecuencias.

» NELSÓN. »

Desde el 26 al 29 el almirante tuvo bastante que hacer para pensar en el comandante de San Telmo, pero al cabo de este tiempo empezó el sitio defendiéndose Mejean heroicamente.

El 9 de Julio aparecieron en la rada el *Sea-Horse* y *La Sirena*, llevando ésta el pabellón napolitano y la bandera real.

Olvidábasenos decir que de un día á otro se esperaba al rey, el cual el 2 había recibido las cartas de Nelsón y de Hamilton en que le anunciaban la muerte de Caracciolo, y escribió al cardenal, cuya dimisión aun no conocía :

« Palermo, 2 de Julio de 1799.

» Eminentísimo señor : las últimas correspondencias me consuelan, manifestándome que las cosas *toman un buen sesgo*, el que yo deseaba para que las cosas terrestres marchasen en armonía con la ayuda del cielo.

» Mañana, según la invitación que vos y Nelsón me hacéis, pero sobre todo por honraros, saldré con tropas para Prócida, en donde os veré y os comunicaré las órdenes oportunas al bien y seguridad de mis súbditos fieles. Os lo prevengo de antemano asegurándoos que soy siempre vuestro afectísimo.

» FERNANDO B. »

En efecto, el 3 se embarcó el rey en la fragata napolitana *La Sirena*.

Fernando llevaba consigo á Actón y Castelcicala ; la reina se quedó en Palermo, conociendo su

mpopularidad en Nápoles, y temiendo perjudicar con su presencia al triunfo del rey.

Él permaneció en Prócida el día 9, empleándolo todo entero, á pesar de su aversión al trabajo, en hacer una lista de los miembros de la nueva junta, y otra de los culpables y condenados á muerte que no bajaban de cuarenta mil, más ó menos comprometidos ó sospechosos; añádanse á éstos los condenados á destierro, y se tendrá la cuarta parte de la población de Nápoles destruída por una simple ordenanza.

El 10 por la mañana puso el pie S. M. en el *Foudroyant*, tirándose los treinta y un cañonazos de costumbre y poniéndose en movimiento mil barcas empavesadas, en tanto que la escuadra hacía fuego al fuerte de San Telmo.

Una bala echó abajo el pabellón francés de San Telmo, como si los sitiadores hubiesen calculado el momento preciso para dar al rey tan agradable espectáculo que se conceptuó de feliz agüero. Al poco rato apareció la bandera blanca en señal de parlamento.

Mas dejemos el castillo de San Telmo, y fijemos la vista en la barca que conduce al cardenal Ruffo, que fué á visitar al rey, pidiéndole por todo premio á sus servicios que mantuviera los tratados firmados

en su nombre y no mancillase con una falsía el honor real.

Las discusiones entre Nelsón, Hamilton y Ruffo lo dispusieron de otro modo, y éste se retiró cabizbajo á su casa : los rendidos fueron hechos prisioneros y cargados de cadenas, siendo ocho mil el número de *cautivos* : en vista de lo cual, los lazzaronis, creyendo que habian vuelto los días de sangre y de bandolerismo, empezaron á matar y saltear á su gusto.

Mientras corrian arroyos de sangre por las calles de Nápoles y se capitulaba con San Telmo, el rey envió al hermano del cardenal, Francisco Ruffo, á Palermo, para tenerle alejado como sospechoso de conspiración, y S. M. se dispuso á cenar y á asistir al baile que se daba á bordo del *Foudroyant*, que apareció á las nueve de la noche iluminado y cubierto de flores.

Veíanse acudir barcas atestadas de elegantes damas, resplandecientes de diamantes, y de caballeros con vistosos trajes y condecoraciones.

Nelsón pagaba el 10 de Julio de 1799, á los regios personajes, la fiesta que éstos le dieran el 22 de Septiembre de 1798. Como la otra, ésta debía tener su aparición, pero más terrible y fatal que la primera.

Á las doce de la noche cesó el baile, y los convidados se sentaron á la mesa. Los manjares más sabrosos y delicados, los vinos más extraños y exquisitos fueron servidos con profusión en el banquete.

El rey se sentó á la mesa teniendo á su derecha á Emma, á su izquierda á Nelsón, y en frente á sir William; los demás se colocaron según los derechos de la etiqueta, más ó menos próximos al rey.

Sentados todos, el rey paseó una rápida mirada en torno de los convidados, pensando tal vez que el que más derecho tenía á esta fiesta, el cardenal Ruffo, se hallaba ausente.

Pero Fernando, que nunca se fijaba en un buen pensamiento, sobre todo cuando éste le recordaba su ingratitud, meneó la cabeza y, como dijo al volver á Caserta, después de su fuga de Roma: « Mejor se está aquí que en el camino de Albano, » se restregó las manos, y aludiendo á la tempestad que le acometió al huir á Sicilia, dijo: « Mejor se está aquí que en el camino de Palermo. »

La frente amarillenta de Nelsón se cubrió de rubor, recordando á Caracciolo, el triunfo del almirante napolitano durante aquella travesía, y la injuria que éste le había hecho al volver disfrazado de piloto, conduciendo el *Van-Guard* por medio de

los escollos de la entrada de Palermo, que Nelsón no se había atrevido á arrostrar.

Su único ojo se encendió, y luego una sonrisa contrajo sus labios, quizás la de la venganza satisfecha.

Al fin de la comida, la música tocó el *God save the king*, y el orgulloso almirante brindó á la salud del rey Jorge, á lo que respondieron frenéticos vivas y cañonazos.

El rey Fernando, gran observador de la etiqueta, se mordió los labios.

Cinco minutos después sir William brindó á la salud del rey Fernando, repitiéndose los vivas y cañonazos, á que respondió el clamoreo de las barcas que rodeaban el *Foudroyant*. Levantóse el rey para ir á saludar á los que le vitoreaban desde fuera, inclinándose sobre la obra muerta, cuando de repente se detuvo su mano, sus ojos se dilataron horriblemente, erizáronsele los cabellos, y un grito de asombro y de terror salió de su pecho.

Al mismo tiempo se levantó un gran tumulto en las barcas, que se separaron á derecha é izquierda, dejando en medio un espacio vacío en donde se vió flotar un objeto terrible, el cadáver de un hombre; y á pesar de las algas que le cubrían, á pesar de su barba erizada y de su semblante lí-

vido, reconocieron en él al almirante Caracciolo.

Diríase que los gritos de viva el rey le habían sacado del fondo del mar, en donde dormía hacía trece días, para pedir venganza, confundiendo su voz con el clamoreo de los cobardes cortesanos.

El rey le conoció como todo el mundo: de ahí su asombro y su terror, y dejando caer la copa, volvió pálido y desencajado, ocultando la cabeza entre sus manos, y diciendo:

— ¿Qué quiere? ¿qué pide?

Al mismo tiempo la multitud unánime exclamó, estremecida:

— ¡El almirante Caracciolo!

Y á las palabras que el rey dijo: «¿Qué quiere? ¿qué pide?» respondió sir William, cortesano aún en presencia de aquel rey abatido y de aquel cadáver amenazador:

— Que le concedáis el perdón de su traición.

— No, exclamó el rey, otra cosa pide.

— Una sepultura cristiana, señor, murmuró al oído de Fernando el capellán del *Foudroyant*.

— La tendrá, respondió el rey.

Y con paso vacilante se dirigió á su gabinete cerrando tras sí la puerta.

—Hardy, pescadme esa podredumbre, dijo Nelsón

con el mismo tono con que hubiese mandado, iza mesana.

El festín de Nelsón había concluido como el sueño de Atalía, con un rayo.

Emma quiso en un principio conservar su serenidad ante la terrible aparición; pero las olas llevaban el cadáver hacia el buque y ella retrocedió dando traspiés y cayó medio desvanecida en un sillón.

En tanto se había logrado sacar del agua el cadáver, en medio de un silencio sepulcral interrumpido sólo por los apóstrofes groseros, que tal vez le dirigían los oficiales ingleses.

Hardy asió el cadáver por los cabellos, y se le quedaron en la mano: mandó entonces que le cogiesen por la cuerda que aun tenía al pescuezo; mas como la cabeza, casi desprendida del cuerpo, no podía soportar su peso, vino á rodar á los pies de Hardy, que exclamó blasfemando:

— ¡Voto el Demonio! has de venir aunque tenga que arrancarte miembro á miembro.

El rey rezaba en su gabinete con un rosario en la mano.

Nelsón hacía respirar sales á la bella Lyonna; sir William explicaba científicamente la aparición; los oficiales seguían en su mofa y las barcas en su fuga.

En suma, nadie pudo explicar cómo el almirante había vuelto á flor de agua teniendo atadas á los pies dos balas de cañón.

Llamóse al capellán de la *Minerva*, que había preparado á bien morir á Caracciolo, y se le consultó acerca de lo que se había de hacer del cadáver.

— ¿Está prevenido el rey? preguntó.

— El rey ha sido uno de los primeros que vieron la aparición.

— ¿Y qué dijo?

— Prometió, en medio de su terror, darle sepultura cristiana.

— Pues hay que hacer lo que ha mandado el rey.

— Obrad como convenga.

Y nadie se volvió á ocupar de Caracciolo, dejándose los funerales á cargo del capellán, que no tardó en encontrar un ayuda inesperado.

El cuerpo del almirante lo habían conservado con los vestidos de campesino, del cual sólo le quitaron la chaqueta en el acto de la ejecución. El capellán sentado en la popa de la barca, que había recogido el cadáver, leía á la luz de un farol las oraciones de difuntos.

Al despuntar el día, vió venir hacia él un bote conducido por dos marineros, en el cual venía un

fraile dominico manteniéndose, cual si fuera un marino, en pie á la proa del bote.

Llegado que fué al lado de la barca en que estaba depositado el cadáver de Caracciolo, el fraile cambió algunas palabras en voz baja con el capellán, saltó á bordo, y dirigiéndose al cadáver, se arrodilló y comenzó á orar derramando copiosas lágrimas.

Durante este tiempo, el capellán se hizo llevar á bordo del *Foudroyant*, para recibir las últimas instrucciones de Nelsón, el cual dijo que, habiendo consentido el rey en que se le diera sepultura, podrían hacer lo que quisieran.

Esta orden fué transmitida por el capellán al dominico, el cual, tomando en sus brazos el cadáver de Caracciolo, lo trasladó al bote, dando orden á los remeros de bogar en dirección á Santa Lucía, parroquia del almirante.

Á pesar de que el barrio de Santa Lucía era conocido por sus sentimientos realistas, sin embargo, Caracciolo le había hecho tanto bien, que le profesaban una especie de veneración; así es que en cuanto tuvieron conocimiento de que el cadáver estaba en el muelle, todo el barrio se apresuró á verlo. Los mejores marineros que habían servido bajo las órdenes del almirante, rodearon el cadáver disputándose el honor de llevarlo. El dominico

eligió, de entre todas las casas que le ofrecieron, la más cerca del muelle para depositar el cadáver, y no permitió que nadie le tocara; tomándolo en sus brazos, lo mismo que al transbordarlo, lo llevó á la casa elegida y lo depositó en la cama, volviendo al bote por la cabeza para unirla al tronco. Habiendo pedido el dominico una sábana para envolver el cadáver, veinte mujeres se apresuraron á traerle la mejor que tenían en sus pobres casas, diciendo:

— Es un mártir; tomad, tomad la mía.

El dominico eligió la más blanca y fina, y mientras el capellán, que le había seguido, leía las oraciones de difuntos, que repetía la multitud arrodillada en derredor de la cama donde había sido depositado el almirante, el dominico quitó piadosamente el vestido á Caracciolo y le envolvió en la sábana.

En este momento se oían en la casa vecina los martillazos de un carpintero que hacía un ataúd.

Á las nueve, el infatigable dominico depositó el cuerpo del almirante en la caja. Una inmensa multitud de mujeres, llevando ramos de laurel y flores, acudió á la casa mortuoria, con los cuales cubrieron el mutilado cadáver.

En aquel momento las campanas de la pequeña iglesia de Santa Lucía, tañían tristemente.

Seis marineros, que habían servido á las órdenes

del almirante, le tomaron en hombros, y seguidos del dominico y de una inmensa multitud, le llevaron á la iglesia de Santa Lucía.

Un improvisado catafalco se había levantado en el coro de la iglesia, y en él colocaron el ataúd.

Concluidos los funerales, depositaron el cadáver en una tumba de la iglesia, y la cual cubrieron con una losa sin ninguna inscripción que designara la tumba de la víctima de Nelsón y del defensor ardiente de la libertad napolitana.

Durante todo el día estuvo el fraile dominico orando sobre la tumba del malogrado almirante, acompañado siempre de inmensa muchedumbre que acudía á dar este último tributo al gran patriota.

Cuando llegó la noche, el dominico salió pálido como la muerte, de aquel lugar de silencio, y se dirigió por el puente de la Magdalena hacia el campamento del cardenal Ruffo.

Llegado que hubo á la gran guardia, recibió del ejército las mayores muestras de simpatía, acompañándole los soldados de la fe hasta el cuartel general, situado á corta distancia en una pequeña casa de campo. Al llegar todas las puertas se le abrieron como por encanto.

En aquel momento, el cardenal se paseaba por el terrado que daba al mar.

Al ruido de los pasos del dominico, volvió la cabeza.

— ¡Hola! ¿sois vos, fray Pacífico? le dijo.

— Sí, Eminencia.

— Tengo gran placer en volveros á ver. Habéis sido un valiente servidor del rey durante toda la campaña. ¿Venís á pedir alguna cosa? Si es así, os provengo que mi poder es muy limitado; pero no dudéis que si está en mi mano, lo haré con mucho gusto.

— Lo que os vengo á pedir, dijo el dominico, no traspasa los límites de vuestro poder, monseñor.

— Hablad, pues.

— Vengo á pedir dos cosas, monseñor; mi licencia, puesto que la campaña ha concluído, y la ruta que debo seguir para ir á Jerusalén.

El cardenal miró fijamente á fray Pacífico.

— ¡Vuestra licencia! le dijo. Creí que os la habíais tomado sin pedírmela.

— Si bien es cierto que me retiré á mi convento, sin embargo, siempre he estado á vuestras órdenes.

El cardenal hizo un signo de aprobación.

— En cuanto á la ruta que me pedís para ir á Jerusalén, nada más fácil que indicárosla. Pero antes ¿podré, sin ser indiscreto, preguntaros el objeto de vuestro viaje?

— Un peregrinaje á la tumba de Jesús, monseñor.

— ¿Sois enviado por vuestro convento, ó es una penitencia que os imponéis?

— Es penitencia que me impongo.

El cardenal estuvo un momento pensativo.

— ¿Habéis cometido algún gran pecado? le dijo.

— Así lo creo, respondió el dominico.

— ¿Sabéis que yo he recibido, dijo el cardenal, grandes poderes de la Iglesia?

El dominico hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

— Monseñor, le dijo, creo que la penitencia que uno se impone á sí mismo es más agradable á los ojos de Dios que la que nos es impuesta.

— ¿Y cómo contáis hacer ese viaje?

— Á pie y pidiendo limosna.

— Es largo y fatigoso.

— Yo soy fuerte.

— Os veréis obligado, por no estar tanto tiempo en vuestro viaje, á pedir de tiempo en tiempo pasaje á los capitanes de buque.

— Lo pediré á los cristianos, y cuando sepan que voy á adorar á Jesucristo, me lo otorgarán.

— ¿Á menos que no prefiráis que os recomiende á cualquier buque inglés que salga para Beyruth ó San Juan de Acre?

— ¡ No quiero nada de los ingleses, son unos herejes! dijo fray Pacífico con marcada expresión de odio.

— ¿ No tenéis otra cosa que reprocharles ? preguntó Ruffo fijando su vista en el dominico.

— Á más, respondió apretando los puños y dirigiendo la vista hacia la escuadra británica, han ahorcado á mi almirante.

— ¿ Y por ese crimen vais á pedir perdón al sepulcro de Cristo ?

— Por mí, no por ellos.

— ¿ Por ti ? dijo Ruffo asombrado.

— ¿ No tengo una parte de culpa ? preguntó el fraile.

— ¿ Cómo ?

— Sirviendo á una mala causa.

El cardenal sonrió.

— ¿ Crees, pues, que la del rey es una mala causa ?

— Creo que la causa que acarreó la muerte de mi almirante — que era la justicia, el honor y la lealtad personificadas — no podía ser una causa buena.

Arrugóse la frente del cardenal y exhaló un suspiro.

— Y luego, prosiguió el fraile con lúgubre voz, el cielo obró un milagro.

— ¿ Cuál ?

— El cadáver del mártir salió del fondo de los mares á echar la muerte en rostro al rey y al almirante Nelsón, y ciertamente Dios no lo hubiera consentido si tal muerte hubiese sido justa.

El cardenal dejó caer su cabeza, diciendo después de algunos instantes de silencio :

— Lo comprendo. Quieres expiar la parte que involuntariamente has tenido en esa muerte.

— Justamente, monseñor, y por eso os ruego que me indiquéis el camino más directo de Tierra Santa.

— Embarcarse en Tarento y desembarcar en Beyruth ; pero como nada quieres deber á los ingleses...

— Nada, monseñor.

— ¿ Quieres que te escriba el itinerario ?

— No sé leer, pero tengo buena memoria.

— Saldrás de aquí para Manfredonia, desde donde te embarcarás para Scútari ó Delvino ; cruzarás el Pireo é irás á Salónica, en donde hallarás buque que te conduzca á Ermirna, á Chipre y Beyruth, y allí estarás á tres días de Jerusalén.

Te apearás en el convento de Franciscanos, cumplirás tu devoción al Santo Sepulcro, y al rogar á Dios que te perdone tus culpas, no olvides pedirle también que me perdone la mía.

— Pues qué, ¿ Vuestra Eminencia ha cometido alguna falta? preguntó fray Pacífico, contemplando atónito al cardenal.

— Sí, muy grande. Pero Dios que lee en el fondo del corazón me perdonará, aunque no la posteridad.

— ¿Cuál?

— He vuelto á poner en el trono, de que la Providencia le había arrojado, á un rey perjuro, estúpido y cruel. Anda, hermano, anda y ruega por los dos.

Cinco minutos después, fray Pacífico, caballero en su asno, se dirigía á Nola, primera etapa del camino de Jerusalén.

CAPÍTULO XIV

Un hombre que cumple su palabra

Seguramente recordarán nuestros lectores el día en que una bala inglesa derribó el pabellón tricolor del castillo de San Telmo, izándose en seguida la bandera blanca de parlamento. Entonces escribió el rey á Palermo que al día siguiente se firmaría la capitulación; mas el rey se equivocó, pues que al día siguiente la aparición del cadáver de Caracciolo le sobrecogió en términos de no poder ocuparse de nada. Dos días después, cambiando el fondeadero, subió el rey al puente, en donde le aguardaba el duque de Salamandra para someterle las condiciones de capitulación del coronel Mejean, compuesta de once capítulos ventajosos al honor francés, y estipulándose que la guarnición rendiría las armas, después de haber sido reemplazada por tropas portuguesas, inglesas, rusas y napolitanas.

Firmóse el 12 la capitulación y el 13 se presenta-